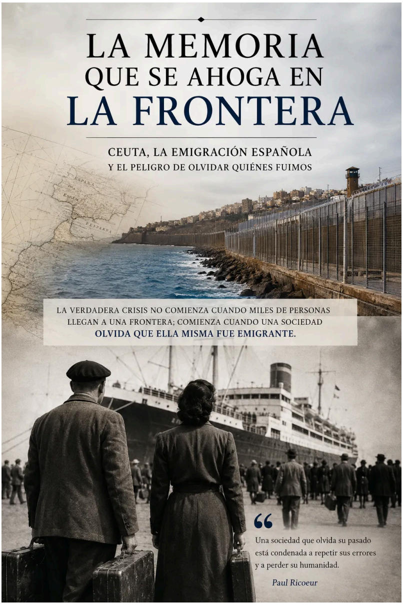
La memoria que se ahoga en la frontera

Ceuta, el olvido de la emigración española y el espejo de nuestra propia historia

MARTIN STUTZ LUCCA
AGO 01, 2026

Compartir



LA MEMORIA
QUE SE AHOGA EN
LA FRONTERA
CEUTA, LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA
Y EL PELIGRO DE OLVIDAR QUIÉNES FUIMOS
LA VERDADERA CRISIS NO COMIENZA CUANDO MILES DE PERSONAS LLEGAN A UNA FRONTERA; COMIENZA CUANDO UNA SOCIEDAD OLVIDA QUE ELLA MISMA FUE EMIGRANTE.
Una sociedad que olvida su pasado está condenada a repetir sus errores y a perder su humanidad.
Paul Ricoeur

Murcia. 1 de agosto.- Las imágenes llegaron antes que las reflexiones. Como ocurre casi siempre en nuestra época, la velocidad de los acontecimientos dejó muy poco espacio para la memoria. Miles de personas caminando hacia la frontera de Ceuta, otras intentando alcanzar el espigón a nado, agentes de las fuerzas de seguridad desplegados, una ciudad desbordada por una situación excepcional y una sucesión ininterrumpida de declaraciones políticas que parecían competir entre sí por imponer un determinado relato de lo ocurrido. Bastaron unas horas para que el vocabulario quedara fijado. *Avalancha. Invasión. Asalto. Efecto llamada.* En muy poco tiempo, la complejidad de un fenómeno histórico extraordinariamente antiguo quedó reducida a una colección de palabras capaces de provocar una reacción inmediata en quien las escuchaba.

No es casual. La Historia demuestra que los grandes conflictos políticos comienzan casi siempre con una disputa por el lenguaje. Antes de decidir qué hacer con un problema, las sociedades deciden cómo nombrarlo. Y esa decisión nunca es inocente. Las palabras no solo describen la realidad; también la ordenan, la simplifican y, en demasiadas ocasiones, la deforman. Ninguna sociedad piensa igual sobre un acontecimiento si lo denomina "crisis humanitaria" que si lo llama "invasión". Ningún ciudadano imagina lo mismo cuando escucha la palabra "familia" que cuando escucha "masa". El lenguaje constituye el primer campo de batalla de la política porque es también el primer territorio donde se construye la percepción del otro.

Mientras observaba aquellas imágenes procedentes de Ceuta, y como historiador nacido en Argentina, no podía dejar de preguntarme qué habría ocurrido si la tecnología actual hubiera existido hace setenta años. ¿Qué titulares habrían ocupado los periódicos si millones de europeos hubieran emigrado en pleno siglo XXI? ¿Qué palabras habrían utilizado algunos dirigentes para describir a los cientos de miles de españoles que cruzaban los Pirineos hacia Francia o que embarcaban rumbo a Venezuela, Argentina o Alemania? ¿Habríamos aceptado con naturalidad que alguien hablara de una "avalancha española" sobre América Latina? ¿Nos habría parecido razonable definir a nuestros abuelos como una amenaza colectiva simplemente porque buscaban trabajo al otro lado del océano?

La respuesta parece evidente. Sin embargo, hemos terminado aceptando con demasiada facilidad un lenguaje que jamás habríamos tolerado cuando los protagonistas de esa historia eran los nuestros.

Quizá el verdadero problema no resida únicamente en la inmigración. Tal vez el problema más profundo sea nuestra relación con la memoria. Mis apellidos suizos e italianos rememoran un pasado diferente, cercano a una Europa pobre y desigual.

El filósofo Paul Ricoeur dedicó buena parte de su obra a estudiar precisamente esa cuestión. La memoria, escribió, nunca es un simple ejercicio de acumulación de recuerdos. Recordar implica también asumir una responsabilidad frente al pasado. Una sociedad que olvida determinadas experiencias no solo pierde información; pierde una parte de sí misma. Rompe el hilo que conecta generaciones distintas y acaba contemplando el presente como si hubiera surgido de la nada.

Eso parece haber sucedido con la emigración española.

España ha construido durante las últimas décadas un relato democrático admirable en muchos aspectos. Hemos aprendido a valorar la Constitución, la integración europea, la modernización económica y la consolidación de las libertades públicas. Pero, paralelamente, la experiencia de millones de españoles que abandonaron este país ha ido desapareciendo lentamente de la conversación pública. Sigue presente en la memoria familiar de muchísimas personas, pero ocupa un lugar sorprendentemente pequeño en el debate político, en los medios de comunicación y, en ocasiones, incluso en nuestra propia conciencia histórica.

Sin embargo, basta con retroceder apenas unas décadas para descubrir un país completamente distinto al actual.

Durante buena parte de los siglos XIX y XX, España fue una nación de emigrantes. No hablamos de un fenómeno marginal ni de un episodio aislado. Hablamos de millones de hombres y mujeres que abandonaron el lugar donde habían nacido porque las circunstancias les convencieron de que permanecer equivalía a renunciar al futuro.

Aquellos españoles no eran muy diferentes de quienes hoy intentan alcanzar Europa. Tenían miedo. Sentían incertidumbre porque ignoraban qué encontrarían al otro lado. Muchos ni siquiera hablaban el idioma del país al que se dirigían.

Abandonaban a sus padres sabiendo que probablemente no volverían a abrazarlos. Se despedían de sus hijos con la promesa de enviar dinero cuando encontraran trabajo y vendían las pocas propiedades familiares para pagar un billete de barco.

Dormían durante semanas hacinados en la tercera clase de enormes transatlánticos, compartiendo espacio con centenares de desconocidos que transportaban exactamente la misma mezcla de angustia y esperanza.

No eran héroes ni aventureros. Se trataban de seres humanos intentando sobrevivir.

El historiador Eric Hobsbawm recordaba que las grandes migraciones modernas constituyen una de las características fundamentales del mundo contemporáneo. La industrialización, el desarrollo desigual del capitalismo, las guerras, las crisis agrícolas y las profundas transformaciones económicas desplazaron a cientos de millones de personas durante los dos últimos siglos. Pensar que la movilidad humana constituye una excepción histórica significa desconocer la propia historia de la humanidad.

Algo parecido sostuvo Josep Fontana cuando insistía en que las decisiones individuales jamás pueden separarse de las condiciones materiales que las hacen posibles. Nadie abandona su hogar porque sí. Detrás de cada emigrante existe una estructura económica, política o social que termina empujándolo fuera del lugar donde nació. La Historia no puede limitarse a observar el instante en que alguien cruza una frontera; debe preguntarse también qué ocurrió mucho antes para que esa persona sintiera que ya no podía quedarse.

Y quizá ahí comienza uno de los grandes errores del debate contemporáneo. Observamos la frontera pero olvidamos el camino.

Nos detenemos en el momento en que una patera llega a la costa, pero rara vez dirigimos la mirada hacia las circunstancias que obligaron a sus ocupantes a embarcarse. Analizamos la llegada como si constituyera el principio de la historia, cuando en realidad representa casi siempre su último capítulo.

La Historia posee una virtud que incomoda profundamente a quienes buscan respuestas simples. Se resiste a las explicaciones únicas. Desconfía de los discursos que reducen la complejidad del mundo a un eslogan. Obliga a introducir matices allí donde la política suele preferir consignas. Quizá por eso resulta tan difícil debatir serenamente sobre inmigración. Porque se trata de uno de esos fenómenos donde convergen la economía, la geopolítica, la historia colonial, las relaciones internacionales, la psicología colectiva, el derecho y, por encima de todo, la experiencia profundamente humana del desarraigo.

La socióloga Saskia Sassen propuso hace años una idea especialmente útil para comprender este fenómeno. Antes de hablar de inmigración, deberíamos hablar de expulsiones. La diferencia parece pequeña, pero transforma completamente la perspectiva. Cuando utilizamos la palabra "inmigrante", la atención se dirige casi exclusivamente hacia quien llega. Cuando hablamos de "expulsado", la mirada se desplaza inevitablemente hacia las condiciones que hicieron imposible permanecer.

Las guerras expulsan. También la pobreza extrema, las dictaduras, la desertificación de tierras agrícolas, las crisis económicas y la corrupción estructural. La ausencia de cualquier horizonte vital expulsa.

Ningún ser humano nace con el deseo de convertirse en extranjero. Quien ha conocido el exilio sabe que abandonar la tierra donde uno aprendió a hablar constituye una de las experiencias más dolorosas que puede vivir una persona.

El psicólogo y psiquiatra Viktor Frankl, superviviente de los campos de concentración nazis, escribió que el ser humano necesita encontrar sentido incluso en medio del sufrimiento. Sin esa esperanza, la resistencia termina quebrándose. Aunque Frankl no escribió específicamente sobre inmigración, su reflexión ayuda a comprender por qué tantas personas aceptan riesgos extraordinarios cuando creen que al otro lado existe, por pequeña que sea, una posibilidad de reconstruir su vida.

La esperanza posee una fuerza que las estadísticas jamás consiguen medir. Quizá por eso resulte tan difícil comprender la emigración desde la comodidad de quienes nunca han tenido que elegir entre marcharse o condenarse a un futuro sin expectativas.

España conoció muy bien esa experiencia. Durante décadas, pueblos enteros quedaron prácticamente vacíos. Las estaciones de tren y los puertos se convirtieron en escenarios de despedidas que todavía sobreviven en la memoria de muchas familias. Quien recorra hoy determinadas aldeas de Galicia, Andalucía, Castilla, Extremadura o Asturias encontrará fotografías antiguas donde casi todos los hombres jóvenes desaparecen de repente de una generación a otra. No murieron. Emigraron.

Marcharon hacia Buenos Aires, Caracas, Zúrich, París o Düsseldorf. Allí fueron, sencillamente, inmigrantes.

No llegaron convertidos en médicos, ingenieros o empresarios de éxito. Llegaron ocupando los trabajos más duros. Limpiaron fábricas, cavaron túneles, levantaron edificios, trabajaron en minas, recogieron cosechas y soportaron jornadas laborales que hoy consideraríamos inaceptables. En muchos casos también conocieron el prejuicio. Fueron observados con desconfianza. Algunos escucharon que quitaban empleo a los nacionales. Otros soportaron estereotipos sobre su supuesta falta de formación o sobre una cultura considerada inferior.

La Historia posee una memoria irónica. Con frecuencia quienes ayer fueron objeto del prejuicio terminan reproduciendo mañana mecanismos muy similares frente a otros grupos humanos.

No porque exista maldad en ello. Sino porque el olvido constituye una de las formas más eficaces mediante las que las sociedades transforman su propia identidad.

El filósofo Paul Ricoeur advertía que toda memoria necesita enfrentarse constantemente al riesgo del olvido. Pero el olvido no siempre consiste en borrar completamente un acontecimiento. A veces permanece una versión simplificada, desprovista de conflicto y convertida casi en una anécdota familiar. Recordamos que nuestros abuelos emigraron, pero olvidamos lo que significaba ser mirados como extranjeros. Conservamos las fotografías enviadas desde América, pero olvidamos el miedo que acompañó aquellos viajes. Hablamos con orgullo del abuelo que prosperó en Argentina, pero rara vez recordamos las humillaciones, la precariedad o la incertidumbre que soportó durante años.

Ese proceso explica, quizá mejor que ninguna otra cosa, la pobreza del debate contemporáneo. Porque la memoria sentimental ha sustituido a la memoria histórica, y ambas son profundamente distintas. La primera recuerda emociones. La segunda intenta comprender procesos.

No basta con sentir compasión hacia quienes emigraron, es necesario comprender por qué emigraron. Solo entonces resulta posible mirar el presente con cierta honestidad intelectual.

En ese sentido, las imágenes recientes de Ceuta constituyen algo más que una noticia. Funcionan como un espejo. Nos obligan a observarnos a nosotros mismos. Nos preguntan qué habría sido de millones de españoles si los países que los recibieron hubieran decidido contemplarlos exclusivamente como una amenaza.

La pregunta no pretende ofrecer una respuesta sencilla. Tampoco sugiere que todos los contextos históricos sean idénticos. La España de mediados del siglo XX no es el norte de África del siglo XXI. Las condiciones económicas, políticas y demográficas son diferentes. Las capacidades de acogida de los Estados también lo son. Sería intelectualmente deshonesto ignorar esas diferencias.

Pero reconocerlas no elimina otra evidencia igualmente histórica. Migrar forma parte de la condición humana desde mucho antes de la existencia de los Estados modernos, las fronteras, los pasaportes y mucho antes incluso de que existiera la palabra "extranjero".

Y quizá ese sea el primer punto sobre el que debería construirse cualquier discusión seria acerca de las migraciones: comprender que no estamos ante una anomalía de nuestro tiempo, sino ante una constante de la historia de nuestra especie.

Llegados a este punto conviene detenerse en una cuestión que suele pasar desapercibida y que, sin embargo, determina buena parte del debate público. Las sociedades no reaccionan únicamente ante los hechos. Reaccionan, sobre todo, ante el relato que construyen sobre esos hechos.

La Historia ofrece innumerables ejemplos.Una misma realidad puede ser percibida como una oportunidad, una tragedia, una amenaza o una obligación moral dependiendo de las palabras utilizadas para describirla. El lenguaje nunca es un simple vehículo de comunicación. Es una forma de ejercer poder. Quien consigue imponer las palabras con las que se nombra un problema condiciona también la forma en que ese problema será comprendido.

Por eso las primeras horas de cualquier crisis resultan tan importantes. Mientras los acontecimientos todavía están desarrollándose, comienza simultáneamente otra batalla mucho menos visible: la batalla por el significado.

Eso ocurrió también en Ceuta. Antes incluso de que existiera un análisis sosegado de lo sucedido, el espacio público ya estaba lleno de expresiones que pretendían fijar una interpretación. Para unos era una emergencia humanitaria. Para otros, una crisis fronteriza o un desafío diplomático. Hubo quien habló de una llegada masiva de personas. Otros recurrieron inmediatamente a palabras como avalancha, asalto o invasión.

No todas esas expresiones significan lo mismo. Y precisamente ahí reside su importancia. Cuando hablamos de una avalancha pensamos en una fuerza de la naturaleza imposible de detener. Cuando hablamos de una invasión imaginamos un enemigo organizado que pretende conquistar un territorio. Ninguna de esas imágenes evoca individuos concretos. Ninguna invita a pensar en un padre, una madre o un adolescente que ha recorrido miles de kilómetros impulsado por la desesperación.

Las metáforas poseen consecuencias políticas. El lingüista y filósofo George Lakoff ha explicado que los marcos lingüísticos condicionan profundamente la manera en que interpretamos la realidad. No pensamos primero y elegimos después las palabras; muy a menudo ocurre exactamente al contrario. Las palabras crean un marco mental desde el que posteriormente juzgamos los hechos. Cuando una persona escucha repetidamente que existe una "invasión", terminará percibiendo cualquier respuesta como una operación de defensa. Si escucha hablar de una "crisis humanitaria", probablemente imaginará soluciones completamente distintas.

No se trata de censurar el lenguaje. Sino de comprender su enorme capacidad para moldear nuestra percepción.

Aquí la reflexión de Hannah Arendt vuelve a adquirir una vigencia extraordinaria. Arendt observó que los grandes procesos de exclusión del siglo XX no comenzaron con la violencia física. Comenzaron mucho antes, cuando determinados grupos humanos dejaron de ser percibidos como individuos y pasaron a convertirse en categorías abstractas. La despersonalización siempre precede a la indiferencia. Y la indiferencia constituye uno de los mayores fracasos morales de cualquier democracia.

Porque una democracia puede discutir legítimamente sobre el control de las fronteras, sobre la capacidad de acogida, sobre la integración o sobre la cooperación internacional. Todo eso forma parte del debate político. Lo que resulta más preocupante es cuando ese debate olvida que su objeto son seres humanos.

La cuestión no consiste en elegir entre fronteras o derechos humanos. Esa es una falsa dicotomía. Las sociedades democráticas tienen derecho a proteger sus fronteras y, al mismo tiempo, la obligación de respetar la dignidad inherente a toda persona. Ambos principios pueden entrar en tensión y precisamente por eso exigen prudencia, inteligencia política y una enorme responsabilidad ética. Reducir un problema de semejante complejidad a un intercambio de consignas constituye una forma de empobrecer la democracia.

Quizá por eso convenga desconfiar tanto de quienes presentan la inmigración como la causa de todos los males como de quienes la describen como un fenómeno exento de dificultades. La Historia raramente concede la razón a los discursos absolutos.

El historiador Tony Judt advertía que una de las obligaciones fundamentales del pensamiento crítico consiste en resistirse a las simplificaciones. Las sociedades que dejan de pensar históricamente terminan interpretando cada acontecimiento como si careciera de antecedentes. Entonces el presente aparece aislado, desprovisto de contexto y convertido en una sucesión de crisis aparentemente incomprensibles.

Eso explica que con frecuencia hablemos de inmigración sin hablar de colonialismo, de desigualdad global, de relaciones económicas internacionales, de conflictos armados o del cambio climático. Discutimos sobre la desembocadura del río mientras ignoramos todo aquello que ocurre en su nacimiento. La frontera se convierte así en un escenario donde se representan conflictos cuya verdadera raíz se encuentra muy lejos de ella.

Ceuta no empieza en Ceuta. Empieza en aldeas donde ya no existe agua suficiente para cultivar, en regiones devastadas por la guerra.

Empieza en economías incapaces de ofrecer empleo a millones de jóvenes, en Estados frágiles donde la corrupción ha sustituido a las instituciones. Empieza allí donde la esperanza comienza a desaparecer.

Ninguna persona recorre miles de kilómetros, entrega todos sus ahorros a una red criminal, arriesga su vida en el mar o cruza un desierto porque considere que esa experiencia será agradable. Quien emprende ese viaje suele hacerlo porque permanecer le parece todavía peor.

Comprender esa realidad no obliga a aceptar cualquier política migratoria. Pero sí obliga a reconocer que detrás de cada estadística existe una biografía.

Y la Historia, cuando merece ese nombre, siempre ha tratado de rescatar a las personas de la tiranía de las cifras.

Bibliografía

Arendt, Hannah (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.

Arendt, Hannah (2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Bauman, Zygmunt (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.

Bauman, Zygmunt (2016). *Extraños llamando a la puerta*. Barcelona: Paidós.

Castles, Stephen; De Haas, Hein; y Miller, Mark J. (2020). *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*. Nueva York: Guilford Press.

Frankl, Viktor E. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.

Fontana, Josep (2011). *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado & Presente.

Fontana, Josep (2013). *El futuro es un país extraño*. Barcelona: Pasado & Presente.

Harari, Yuval Noah (2015). *Sapiens. De animales a dioses*. Barcelona: Debate.

Hobsbawm, Eric (1995). *Historia del siglo XX (1914-1991)*. Barcelona: Crítica.

Judt, Tony (2008). *Sobre el olvidado siglo XX*. Madrid: Taurus.

Judt, Tony (2011). *Algo va mal*. Madrid: Taurus.

Lakoff, George (2007). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Madrid: Editorial Complutense.

Maalouf, Amin (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza Editorial.

Marrus, Michael R. (2002). *The Unwanted: European Refugees in the Twentieth Century*. Philadelphia: Temple University Press.

Moreno Fraginals, Manuel (1996). *España/Europa: un siglo de migraciones*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.

Preston, Paul (2012). *El Holocausto español*. Barcelona: Debate.

Ricoeur, Paul (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.

Sassen, Saskia (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz Editores.

Sayad, Abdelmalek (2010). *La doble ausencia. De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*. Barcelona: Anthropos.

Sen, Amartya (2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires: Katz Editores.

Todorov, Tzvetan (2008). *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Suscríbete a El Substack de Martin

Por Martin Stutz Lucca · Launched 2 months ago

Mi Substack personal

Escribe tu correo electróni Suscribirse

Al suscribirte, aceptas los Términos de uso de Substack y reconoces su Aviso de recopilación de información y su Política de privacidad.

Discusión sobre este post

Comentarios Restacks

Escribe un comentario...